

El centenario de la Sinfonía Dramática...

(Viene de la página 264).

4

El *scherzo* terco, pertinaz, obstinado, duro y fuerte, parece remover el deseo de oponerse al destino que nos hiere y desgarrar, sin haberle pedido nosotros que nos diera la limosna del sér. Pero por esta vía satánica, sólo se logra la desesperación:

«Si el hombre al nacer pensara de fijo que se matara».

Dice Calderón de la Barca. Y «no hay medio entre desesperar o creer», afirma Kierkegaard. Por eso, el siguiente tiempo relata la emoción del padecimiento inevitable: *adagio* en sí bemol; pero, ¡con qué dolorosa pasión contenida! ¡Con qué rendimiento aflictivo, con cuánta resignada y patética bondad!... Si todo lo que Beethoven escribió se perdiese, bastarían los ocho primeros compases de este tiempo sublime para consolar a los afligidos, «bienaventurados que lloran», como dijo Jesús en el Sermón del Monte. Al elevarse la entonación del gemido, ya no es con angustia y desesperación, sino con cierta mansa conformidad que parece dejarnos bien avenidos con la pena. ¡Hay que sufrir; hay que sufrir!... ¿De dónde brotará la luz en la noche aciaga del alma?... Otros compases, aún más leves y sutiles, parecen imitar el parpadeo de una bella implorante que, inconsciente, sacude sus lágrimas. ¿De dónde brotará la luz?...

3

El último tiempo pone a Beethoven a la cabeza de los grandes artistas cristianos, con Dante y Miguel Ángel. Es el célebre *final con coros*; el *presto* en re menor que estalla a toda orquesta. La voz humana que dice ¡Alegría! ¡Más Alegría! Pero alegría de todos, no de uno solo. Dicha de las generaciones que vencerá el dolor singular de un alma. Nadie puede desesperar mientras crea cristianamente, mientras se confunda en el coro celestial que redime de la pena propia en el concierto de los mundos. Como Fray Luis de León, Beethoven llama a su éxtasis a las criaturas doloridas:

¡Oh desmayo dichoso!
¡oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
¡durase en tu reposo
sin ser restituído
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del Apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro,
que todo lo demás es triste lloro.

Participamos de la opinión de Rubinstein. No es que Beethoven haya pretendido reforzar la expresión musical; sino que, después de lo inexpressable de los tres primeros tiempos, sintió la necesidad de una *expresión definida* en el último. Por eso usó de las palabras de Schiller.

Wagner creó, después de esta Sinfonía Dramática, el Drama Sinfónico. Pero en sí misma, la estupenda creación, es uno de los monumentos del

espíritu humano más llenos de esperanza, más consoladores, más universales y divinos, como las parábolas del Evangelio o el capítulo final de «Don Quijote de la Mancha». No hay remedio, o nos desesperamos para siempre o nos salvamos juntos. La humanidad (parece decirnos, como Zarathustra, el atribulado cisne alemán) es uno de los ejércitos del Bien, una de las huestes del amor. La Novena Sinfonía ha vencido el dolor con su entusiasmo. ¡Le partió el corazón con la espada del canto!

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas. México, D. F.)

2) Página lírica

de Juan Ramón Jiménez

(Véase el número 10 del tomo en curso).

MAÑANA DE LA CRUZ

Dios está azul. La flauta y el tambor anuncian ya la cruz de primavera.
¡Vivan las rosas, las rosas del amor,
entre el verdor con sol de la pradera.

*Vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...*

Le pregunté: «¿Me dejas que te quiera?»
Me respondió, radiante de pasión:
«Cuando florezca la cruz de primavera,
yo te querré con todo el corazón»

*Vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...*

«Ya floreció la cruz de primavera.
¡Amor, la cruz, amor, ya floreció!»
Me respondió: «¿Tú quieres que te quiera?»
¡Y la mañana de luz me traspasó!

*Vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...*

Alegren flauta y tambor nuestra bandera.
La mariposa está aquí con la ilusión...
¡Mi novia es la virgen de la era
y va a quererme con todo el corazón!

CANCION NOCTURNA

¡Allá va el olor
de la rosa!
¡Cógelo en tu sinrazón!
¡Allá va la luz
de la luna!
¡Cógela en tu plenitud!
¡Allá va el cantar
del arroyo!
¡Cógelo en tu libertad!

ABRIL

(El día y ROBERT BROWNING)

El chamariz en el chopo.
—¿Y qué más?
—El chopo en el cielo azul,
—¿Y qué más?
—El cielo azul en el agua.
—¿Y qué más?
—El agua en la hojita nueva
—¿Y qué más?
—La hojita nueva en la rosa,
—¿Y qué más?
—La rosa en mi corazón.
—¿Y qué más?
—¡Mi corazón en el tuyo!

ELEGÍAS

2

¡Oh plenitud de oro! ¡Encanto verde y lleno
de pájaros! ¡Arroyo de azul, cristal y risa!
¡Oh soledad sonora! Mi corazón sereno
se abre, como un tesoro, al soplo de tu brisa.
Y esta ventura eterna de un amor sin
[amores,
este desdén de todo, de la dicha y del duelo,
y la realeza clara de este orgullo entre flores,
en ti ¡campo! se hacen tan grandes como el
[cielo.

4

Amo el paisaje verde, por el lado del río.
El sol, entre la fronda, ilusiona el poniente,
y, sobre flores de oro, el pensamiento mío,
crepúsculo del alma, se va con la corriente.
¿Al mar? ¿Al cielo? ¿Al mundo? Qué sé
[yo... Las estrellas
suelen bajar al agua, traídas por la brisa...
Medita el ruiseñor... Las penas son más
[bellas
y sobre la tristeza florece la sonrisa.